

EL ARTISTA.

PERIÓDICO SEMANAL.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

NÚM. 6.

TEATROS ROMANOS.

REPRESENTACION DE UNA COMEDIA DE PLAUTO EN TIEMPO DE NERON.

Carta á mi amigo D. José Gimenez—Serrano, director del Artista.



Querido amigo: por mas que digas, árido asunto ha de parecer este artículo á los lectores del ARTISTA y mucho temo que sus bellísimas lectoras pasen por él sus hermosos ojos indiferentes, ya que no enojadas, con lo cual quedará mas que castigada mi impertinencia. Temerán (y con razon) despues de haber leído el título encontrarse á cada paso en estas líneas con los nombres de Suetonio, Marcial, Plinio, Ciceron, Polibio, etc., repetidos y citados con énfasis para ostentar pedantesamente mi erudicion á costa de su paciencia; y volviendo con desden la hoja, buscarán en las otras páginas del periódico las brillantes inspiraciones de Zorrilla, los tiernos y apasionados versos de

Romea, ó las ligeras y siempre ingeniosas redondillas de Breton; que mas felices que yo, lograrán desarrugar su enojado ceño, y hacer sonreír sus lábios.

En tal compromiso me ha puesto, querido Pepe, tu empeño en que escribiera sobre este asunto, y pues la culpa es de los dos, tú has de ayudarme ha salir de esta desagradable situacion, haciendo conmigo un viaje á Roma y no así como quiera á la Roma de Pio IX y de Manzoni, sino á la Roma de los Césares, á la ciudad eterna, á la Roma en fin, de Neron y de Lucano, mas brillante que nunca bajo el férreo yugo del hijo de Agripina, coronando de flores su frente esclava que se humilla á las plantas de un mónstruo; pero que se levanta aun, como señora y reina

Marzo 14 de 1817.

de todos los pueblos de la tierra. Es verdad que la sangre de los mas nobles ciudadanos corre á torrentes al menor capricho, á la menor señal del tirano; pero corre mezclada con los vinos de Grecia y de Sicilia, derramados en medio de maravillosas y casi increíbles orgías. Es cierto que en las prisiones resuenan dia y noche los ayes de las víctimas de Neron; pero los ahogan los estrepitosos aplausos del coliseo, las ardientes aclamaciones del Circo, y los rugidos de las fieras que devoran á los mártires del naciente cristianismo, acompañados en su agonía por la befa é insultos de aquel pueblo degradado y envilecido; pero grande hasta en sus vicios y en su envilecimiento.

La ocasion la pintan calva, y una como esta, querido no te se ha de proporcionar todos los dias. Con que así, trasladémonos á Roma haciendo retroceder los siglos á nuestro capricho, y asistamos á una de esas grandiosas funciones teatrales que tanto han dado que decir, y ponderar á los eruditos y anticuarios. Hagamos juntos este viaje en obsequio de los lectores del ARTISTA, y examinemos por nosotros mismos y sin fiarnos de nadie, si una representacion en los teatros romanos, puede entretener á sus lectoras, tanto como las del Príncipe y del Circo, en cuyo caso tú se la contarás á la vuelta y como mejor te plazca, ni mas ni menos que si viniendo de París les hicieses la relacion del nuevo baile estrenado en la academia real, ó de la última partitura de Donizetti representada en la ópera italiana.

Ya estamos en Roma... No nos paremos á admirar la magnificencia y gusto de sus monumentos, ni á escuchar las arengas del foro, ni á saludar respetuosos las estatuas de los grandes hombres, que ha producido el pueblo rey, en las ciencias, en las artes, en la política y la guerra. Las imágenes de todos esos sábios, de todos esos conquistadores, y virtuosos patricios, colocadas en los lugares públicos son una muda acusacion de los vicios que degradan al pueblo romano, y la mirada marmórea de esos indomables republicanos, de esos austeros filósofos, parece fijarse con compasion ó con ira en sus hijos degradados, en esa juventud escéptica y viciosa á la vez que saliendo de casa de las cortesanas perfumado el cabello y cubierto de flores pasa indiferente á sus pies, recitando los

versos de Séneca y de Lucano, cuyas palabras é ideas contrastan con sus acciones: demostrando así que ha llegado ya para el pueblo romano esa época que marca la decadencia de las naciones: en que los acentos y las máximas de la virtud se repiten y declaman por todos; sin entenderse ni mucho menos sentirse por ninguno. Esa época de escepticismo y de incredulidad, en que todo se prostituye y con todo se trafica, en que son ridiculos los sentimientos nobles y las acciones generosas, las cuales se aparentan sin embargo con fines perversos y depravados; y en que las palabras que espresan la virtud nada significan, ó significan, precisamente lo contrario.

Pero ¿adónde nos lleva nuestra manía de filosofar? Sigamos sin pensar en nada á esa inmensa multitud, que hace lo mismo, y se dirige de todas partes al gran teatro de Pompeyo, sigámosla: que el carro de Febo arrastrado por su brillante cuadriga, toca ya en la mitad de su carrera, y esta es la hora de empezar la representacion. Cómo!... ¿Una comedia á medio dia? una comedia sin candilejas, sin coloretos, ni lentejuelas? Sí, una comedia á la luz del Sol, al aire libre, una fiesta popular y religiosa á la vez, á la que acuden todos: senadores, pueblo, sacerdotes, cortesanos, soldados y vestales. Una comedia representada en un vasto recinto cubierto de mármoles y oro; delante de cuarenta mil espectadores colocados todos cómodamente, segun su clase y condicion, segun el rango que ocupan en el imperio.

El espectáculo es grande, magnífico y digno de llamar la atencion de los que estamos acostumbrados á esclamar: ¡gran teatro! ¡magnífica entrada! cuando poco mas de mil personas se codean y ahogan en una sala por falta de luz y de aire. Procuremos pues, presenciar este espectáculo tan nuevo para nosotros; pero para esto se necesita ni mas ni menos que para ver una comedia de Breton: un billete de entrada. Acudamos al *diumbiro* que los reparte al pueblo, y que nos entrega sin desembolso alguno el *Tessera teatralis*, es decir, una especie de ficha, ó dado de hueso, que unas veces es redonda y otras cuadrada. La nuestra es de la primera figura: por el un lado tiene grabada la vista en perspectiva del teatro de Pompeyo, y por el otro una inscripcion en esta forma:

GAV. II
CVN III
GRAD. VIII
CASINA
PLAUTI

Es decir: *Segundo piso ó galería de anfiteatro, seccion tercera, grada octava. Casina comedia de Plauto.*

Ya sabemos el lugar que podemos ocupar, y la comedia que vamos á ver. Esta ademas se anuncia al pueblo de viva voz: y sobre las puertas de los edificios públicos, en las columnas del Foro, en las del pórtico del teatro, hay inscripciones pintadas con el título de la comedia, la lista de los personajes *Dramaticæ personæ* y al lado de cada nombre el dibujo de la máscara cómica perteneciente á aquel personaje, para dar una idea del carácter que representa.

Antes de penetrar en el colosal edificio que tenemos delante, echemos una ojeada por su parte exterior. Su planta tiene la figura de un inmenso semicírculo por un lado; y una construccion rectangular que se prolonga á lo largo del diámetro de este, le cierra por el otro. La parte semicircular es la destinada á los espectadores, la rectangular á la escena.

Sin detenernos á describir ni admirar la riqueza y elegancia de los adornos de su arquitectura exterior, entremos por el pórtico y dos grandes puertas llamadas *Vomitória* nos darán entrada á la *orquesta* llamada así, no porque precisamente corresponda al sitio en que en nuestros teatros modernos se coloca la música, si no porque se deriva de la voz griega *Orcheisthai* que significa bailar ó danzar.

Magnífico espectáculo se presenta á nuestra vista! Una inmensa gradería de mármol y de figura semicircular se eleva desde nuestros pies hasta una considerable altura. Está dividida esta gradería paralelamente en diferentes pisos ú órdenes, por unos pasos ó galerías semicirculares que sirven al mismo tiempo para facilitar la circulacion de los espectadores y el paso á sus respectivos asientos. Estas secciones ó pisos son los que se llaman *Cavar*, y el todo lo llamaremos anfiteatro, es decir,

la parte destinada á los espectadores. Varias rampas ó escaleras que suben desde la primera grada hasta la última dividen perpendicularmente el semicírculo de la gradería, en trozos de la figura de un cono truncado, y estas divisiones son las que se llaman *cunei*; por estas escaleras se sube á ocupar el asiento que corresponde, pero no puede volverse á bajar por ellas, porque los *designatari* (nuestros acomodadores), lo impiden. El espectador que se retarda y no puede colocarse en su asiento, porque se lo estorba la multitud, se halla pues en una singular posicion, y sirve de risa y chacota á la plebe, que se burla de él llamándole *excunæctus*. No tiene mas remedio que refugiarse al magnífico pórtico ó cobertizo que arrancando desde la última grada del anfiteatro, se eleva sobre él, corriendo todo al rededor del semicírculo, sostenido por elegantes columnas, y adornado de magníficas estatuas de mármol y de bronce. A él se refugian los espectadores cuando sobreviene una lluvia repentina, sirviendo ademas para recoger y repetir la voz de los actores, y por eso están colocados en este punto, y de trecho en trecho unos vasos de bronce ó de tierra cocida, cuya forma es semejante á la de una campana, llamados *echæa*, ecos. Son de diferentes tamaños, y dispuestos de modo que los sonidos que producen al repetir la voz de los actores, sean acordes y musicales.

El espacio que media entre la primera grada semicircular y la línea recta de la escena es donde nos hallamos y lo que se llama *orquesta*: por consiguiente, mientras contemplamos el anfiteatro y el magnífico pórtico que lo corona, volvemos la espalda á la escena. Nada puede observarse en el interior de esta, pues la cubre un telon, semejante al de nuestros teatros, el cual representa una escena histórica de los tiempos de Pompeyo, tegida en la misma tela, ó bordada primorosamente sobre ella. Cae esta gran cortina justamente en el punto donde termina el piso de fábrica de la escena, prolongado desde allí por un tablado como los nuestros, que se adelanta, hácia la orquesta y el cual se llama *pulpitum*. En este espacio representan los actores, y á sus dos extremos se colocan los flautistas que acompañan la declamacion de aquellos con la música de su instrumento.

La hora de la representacion se acerca. La vas-



ta gradería se va llenando de espectadores impacientes, que se colocan según su rango. Los senadores á un lado, y las vestales á otro, ocupan los asientos colocados en la *orquesta*. Los patricios y mas nobles ciudadanos se sientan en las gradas inmediatas, así como los ediles y jueces de las representaciones. Siguen luego los hijos de las familias patricias acompañados de sus preceptores; detrás de estos los mercaderes y demás clases clásicas del pueblo; luego las damas romanas ostentando sus ricos mantos de diversos cortes y colores profusamente bordados, la riqueza de sus joyas, y el capricho de sus tocados que nada tienen que envidiar á los de nuestras modernas Aspasia; y por fin los soldados y la plebe, apiñados en las últimas gradas, contrastando el color gris y sombrío de las túnicas del pueblo, con la brillante blancura de las de los nobles y gente acomodada, y con el resplandor y vivos colores de los trajes y joyas que ostentan las orgullosas damas romanas. Reciben estas al entrar, de manos de sus esclavos ó de las del *designatarius*, cojines de juncos que ablandan la dureza marmórea de sus asientos. Un fuerte viento impide echar el velo ó toldo de púrpura que resguarda á los espectadores de los rayos del sol, y estos se preservan de ellos colocando sobre su cabeza el extremo de su manto, ó cubriéndose con el sombrero Thesalisano de anchas alas, ó bien con el *cucullus*, especie de capuchon. Las damas se sirven para el mismo fin de la *umbrella* ó *umbracula* (parasol) que usan también en los paseos, y que Ovidio aconsejaba en su tiempo á los jóvenes llevarse á las damas; apoyando su consejo con el ejemplo de Hércules, cubriendo á Omphala con un parasol.

A pesar de la amplitud del recinto y de hallarse este descubierto; cuarenta mil personas apiñadas en él, se sofocarían, si para mantener la frescura no cayese sobre los espectadores desde unos tubos colocados en lo alto del pórtico, una lluvia sumamente menuda de aguas olorosas y perfumadas entre las que sobresale el aroma del azafrán, olor favorito de los romanos. También las estatuas que adornan el pórtico sirven para derramar por medio de mecanismos, ocultos en ellas, esta lluvia olorosa sobre la multitud. ¡Refinamiento asombroso de lujo y de magnificencia!

Aprovechémonos de los cortos momentos que faltan para empezar el espectáculo, y penetrando si es posible en el interior de la escena ó *entre bastidores*, como nosotros decimos, procuremos observar, aunque rápidamente, esta parte curiosa de los teatros romanos.

(La conclusion en el número próximo)

LUIS VALLADARES Y GARRIGA.

AL SOL PONIENTE. (*)

A los remotos mares de Occidente
Llevas con magestad el paso lento,
O sol resplandeciente,
Alma del orbe, de su vida aliento.

Otro emisferio con tu luz el día
Espera ansioso, y reverente adora
Ya un rayo de alegría,
Con que te anuncia la risueña aurora.

Sobre ricas alfombras de oro y grana
Que ante tus plantas el ocaso estiende,
Tu mole soberana
Lentamente perdiéndose descende.

La tierra que abandonas te saluda,
El mar tus rayos últimos refleja,
Y la atmósfera muda
Vé que contigo su esplendor se aleja.

Del lozano Pausílipo la cumbre
Ya oculta tu magnífica corona;
Pero tu sacra lumbre
Aun deja en pos una encendida zona.

Y aun dora del Vesubio la agria frente,
Y aun brilla en el espléndido plumaje
De humo y ceniza ardiente
Que sube hasta perderse en el celaje.

Y aun esmalta con vivos resplandores,
Y perfila con oro y con topacio
Los nítidas colores
De las nubes que cruzan el espacio.

Pero á medida que de aquí te alejas,
Tu régia pompa tras de tí camina,
Y tan solo nos dejas
Tibia luz pasagera y blanquecina.

Y queda sin color la tierra helada,
Sin vislumbres la mar y sin reflejos,
Y con niebla borrada
Capris se pierde entre confusos lejos.

Mas tambien el crepúsculo volando,
Vá en pos de tí, y al mar, y tierra, y cielo
La noche amortajando
Con su impalpable y pavoroso velo.

¿Y no te siguen del mortal los ojos
Anhelantes, confusos, arrasados;
Y al ver tus rayos rojos
Desparecer, no quedan consternados?

¿No tiembla el hombre, y puede en su demencia
Al sueño, y al placer, y á los amores
Darse, sin que la ausencia
Le aterre de tus puros resplandores?...

...¿Quién la seguridad le dá patente,
(Ni aun el orgullo de su creencia vana)
De que al plácido oriente
A darle vida y luz vendrás mañana?

¡Ay!.... si el Criador del universo airado
De ver tan solo en la rebelde tierra
El triunfo del malvado,
Y la inicua ambicion, y la impía guerra,

La inmensa hoguera en que ardes apagara
De un soplo, ó de la ardiente
Melena te llevara
A otro espacio su mano omnipotente!...

Mas no, fúlgido Sol, vendrás mañana,
Que no trastorna, no, su ley eterna,
La mente soberana
Que formó el universo y lo gobierna.

Mil veces y otras mil vendrás, en tanto
El plazo designado se consuma,
Que el Dios tres veces santo
Dió á la creacion en su sapiencia suma.

Sí, volverás, y durarás, que tienes,
Criatura predilecta; el don de vida,
Y hermoso te mantienes
Burlando de los siglos la corrida.

No así nosotros, míseros humanos,
Polvo que arrastra el álito del viento,
Efímeros gusanos
Cuya vida es un rápido momento.

Nuestro afán debe ser solo al mirarte
Trasmontar, y dejarnos noche umbria,
Si aun vivos admirarte
Nos será concedido al otro día

¡Ah!... quién sabe? tal vez, sol refulgente
Que has hoy mi pensamiento arrebatado,
Mañana desde Oriente
Darás tu luz á mi sepulcro helado!!

Nápoles 30 de junio de 1844.

ANGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS,

FRANCISCO DE HERRERA,

EL VIEJO.

El ilustre apellido de Herrera tiene gloriosos recuerdos para las artes españolas. Juan de Herrera, insigne arquitecto de Felipe II, dejó eternizada su memoria en los muros del Escorial; y la fama de D. Fernando de Herrera va unida al mas alto hecho de armas *que vieran los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros*; á la batalla de Lepanto que decidió la tercera lucha entre Oriente y Occidente.—Ambos han merecido el renombre de *divinos*.

Y no merece menor honra y prez en la pintura D. Francisco de Herrera (conocido por el *viejo* para diferenciarle de su hijo) por haber sido el padre y fundador de la escuela naturalista en Sevilla y por haber seguido con tanta gloria una senda poco trillada por aquel entonces.

Por los años de 1576 nació en Sevilla y fué pintor, arquitecto y tallador de bronce.—Condisci-

(*) Esta es una de las bellas composiciones que el poeta ha escrito durante su permanencia en Italia, y que piensa publicar con otras que formarán un grueso tomo.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

pulo de Pacheco en casa de Luis Hernandez, muy pronto, gracias á su genio inquieto y á su inspiracion artística, dió remate á su propia enseñanza y sacudiendo la manera tímida y servilmente imitadora de sus contemporáneos se formó un estilo atrevido que bien demuestra el carácter nacional y que tiene gran sello de originalidad. Velazquez y Alonso Cano deben gran parte de su renombre á lo que aprendieron en casa de este furioso artista.

Tal manejo adquirió de los pinceles y en el colorido que dibujaba con cañas y pintaba con brochas; y cuando no tenia discípulos hacia que una criada le bosquejase los lienzos con la escoba y él antes que se secasen los colores formaba figuras y ropages.

Con esta manera descompuesta y terrible corria parejas su carácter. Ningun discípulo paraba en su escuela y sus hijos le robaron no pudiendo sufrir su crueldad y su indigesto humor.

A la edad de 44 años su codicia le hizo monedero falso y por este delito fué mandado prender. Los jesuitas le dieron asilo y allí pintó uno de sus mejores cuadros, la *Apoteosis de S. Hermenegildo*. Llegó Felipe IV á Sevilla y como buen conocedor examinó escrupulosamente la riqueza de la composicion, la gallardia de la principal figura y lo brillante y vigoroso del colorido y preguntó al punto quién era el autor y su delito. Diéronle de todo cuenta, y dijo:—«En eso yo soy juez y parte, llámádmeme aquí.» Herrera se arrojó á los pies del monarca, y este al maudarle alzar exclamó:—«Quien pinta de esta manera no ha menester mas oro, ni mas plata. Andad que libre estais como no volvais á incurrir en ello.» Caro le costára al pobre Herrera, si no hubiera sido el rey tan magnánimo, porque su delito era de los que traen consigo perdimiento de vida y honra.

Poco despues fué cuando su hijo menor se marchó á Roma con los ahorros de su padre y cuando su hija se metió monja.

Libre de ellos pintó varias obras públicas, y mediado el siglo XVII vino á Madrid donde residió con crédito hasta su fallecimiento, que aconteció el año de 1656.

Tuvo dos hijos pintores, Francisco de Herrera *el mozo* que llegó á ser maestro mayor de las obras reales y otro llamado Herrera *el rubio* que

pintó mucho á lo ridículo y con rara invencion.

No era solo D. Francisco de Herrera *el viejo* un pintor practico como parece que se deduce de su fiera y extraordinaria ejecucion, de sus paños y de sus cabezas, era tambien inteligente en la anatomía y en las proporciones del cuerpo humano, en el arte de la composicion, en el contraste de las figuras, en el acorde de las tintas y en lo sublime y filosófico de la espresion, y todo ello sin conocer el antiguo: testimonios son de estas verdades las apoteosis citadas y el cuadro del juicio universal.

»Se engañan los que afirman (dice Cean Ber-
»mudez) que nuestros pintores españoles no sabian
»pintar sino paños y cabezas: dedicados á repre-
»sentar asuntos sagrados, las leyes del decoro y la
»decencia les prohibian usar del desnudo con
»aquella libertad que exigen los fabulosos; pero
»cuando les permitian descubrirle, manifestaban
»sus conocimientos en la anatomía é imitaban con
verdad la naturaleza».

Por lo demas si Herrera hubiera tenido mejor maestro y otros principios, rivalizaria con los maestros de la escuela boloñesa, porque en sus cuadros hay grandes masas de color como en los de Rivera y Carabaggio. Carece de la morbidez que siguiendo su estilo introdujo Murillo y del espíritu filosófico y de la correccion de Cano; pero se encuentran en sus obras las dotes necesarias para llevar adelante una innovacion con buen exito. Su ejemplo fué saludable y su atrevimiento provechoso, porque desde entonces se dedicaron los sevillanos, nacidos para las artes y la poesia, á copiar la naturaleza, fuente y origen de lo grande y de lo bello.

Pintaba al temple con desembarazo, grababa al agua fuerte y en madera, y dibujaba con cañas tocando ligeramente con hollin sus borradores. Sus obras mejores estan en Sevilla, en lo restante de España escasean. Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* dijo en su elogio lo siguiente:

De Francisco Pacheco los pinceles,
y la pluma famosa,
igualen con la tabla, verso, y prosa
Sea bético Apeles,
y como rayo de su misma esfera,

sea el planeta con que nazca Herrera
Que viniendo con él, y dentro de ella,
á donde Herrera es sol, Pacheco estrella.

ANTONIO ESQUIVEL.

A. J....

EPÍSTOLA.

Lejos, muy lejos, si, no respiramos
El blando aroma de la flor temprana,
Ni como un tiempo unidos escuchamos

Al ave que saluda la mañana.
A tí canta del mar bella sirena
Que con húmedas ovas se engalana,

Y yo al peso agoviado de mi pena
Miro la mar en engañoso ensueño
Y ansío pisar su removida arena.

¡Ay! la noche me niega su beleño
Y al dar sus sombras al dolor asilo
Crecen mis inquietudes con mi empeño.

Nave sin vela ni timon vacilo,
Y lágrimas que un tiempo gota á gota
Enjugabas, hoy corren hilo á hilo.

Mi sagrada ilusion, perdida y rota,
En tósigo violento se convierte,
Y la herida del alma sangre brota.

Triste ludibrio de enemiga suerte
Me persiguen do quier crudos desvelos,
Que abren al corazon llaga de muerte.

¡Ausente y olvidado, cuántos duelos!
La ausencia es de los dos, tuyo el olvido
Y de mi corazon horribles celos.

No sufre tanto el náufrago perdido
De áspera roca en la herizada cima,
Oyendo de las mares el bramido,

Ni al pecho maternal tanto lastima
Ver al hijo morir en propio seno
Cuando á la luz del mundo se aproxima.

¡Celos, ausencia, olvido! ¡qué veneno
Encierran tan voraz, cuántos enojos!
Otro, quizás, contemplará sereno

Tu rostro angelical: tus bellos ojos
Le mirarán, y beberá ¡Dios mio!
Dulces sonrisas de tus labios rojos.

Mis miembros entumece mortal frio,
Un inmenso volcan arde en mi frente,
Y á sus voraces llamas desvario.

Poco importará que en distinto oriente
Viéramos los rosados resplandores
Del padre de la luz: que en la corriente

Del turbio Manzanares ruiseñores
Oyera yo trinar, y tí los cantos
Del pescador que rima su amor

En lejano confin, si á sus encantos
Como yo, recordáras beldad mia,
Nuestra fi, nuestro amor y nuestros llantos

Del huracan en alas volaria
El alma que te adora, si supiera
Que un a'ma cariñosa encontraría.

¡Esperanza falaz, vana quimera!
Mi dicha huyó, como la niebla leve
Cuando el sol adelanta en su carrera.

Liviana espuma que la brisa mueve
Despareció tu amor, murió su llama
Bajo montes ahogándola de nieve.

Mas tu perdido amor mi pecho inflama,
Y unido á mi pasion mas puro brilla;
Pues quien cerca te amó lejos te ama.

Las lágrimas que bañan mi mejilla
Correrán, por mi mal, llanto de fuego,
Y quizás, en torrentes á la orilla,

Del mar de Alcides llegarán: mi ruego
Cruzar los mares y las playas miro,
Para turbar ingrata, tu sosiego.

¿Turbarlo...? No lo temas.... ¡Yo deliro!
¡Ni el áura matinal llevarte quiere
En sus alas de roca mi suspiro!

Canta el nevado cisne cuando muere:
La cítara que un tiempo pulsé ufano
Para morir tambien cantar prefiere.

Jamás sus cuerdas herirá mi mano
El ¡ay! postrero destemplada lanza:
Repítalo una vez el oceano,
Y muera, como muere mi esperanza.

J. DE ARIZA.

LA VIRGEN DEL CLAVEL,

CUENTO MORISCO.

II.

LA SERENATA Y EL CLAVEL.

Amina estaba en la mañana de su vida. Hija de un noble Zegri (que fiel á toda prueba, murió gloriosamente en una rebelion de la Alpujarra) habia quedado bajo la guarda de un muy distinguido morisco lleno de años, con premáticas entre los suyos y de gran

valer. Celoso, el buen musulmán, de los usos y creencias de su raza, ocultó para todos el tesoro que se le había confiado; y se deleitaba en la crianza de su hija adoptiva que mas hermosa y discreta era mientras mas entraba en días. Siempre llevó Amina los trages ricos que gastaban las moras granadinas de otros tiempos; apenas entendía el aljama cristiana y hablaba con singular perfección el sonoro y poético idioma de sus mayores.—Nunca pisó las tortuosas calles de la ciudad, ni vió mas campo ni tierras que el jardín de su guardador.

Los bandos crecían y rigoresces, ningún niño podía ser educado en la ley de Mahoma y las públicas oraciones se prohibían. Los ojos de la inquisición estaban muy abiertos; mas de todo se libraba el moro y Amina seguía culta en sus afligranados alhambres como una esmeralda engarzada en plata ó como una perla dentro de su concha.—La muerte vino á deshacer aquella obra con tanto afán conservada.

Amina rayaba en los quince años y era un portento de belleza: entonces fué descubierta en su retiro, por que su guardador dejó de existir, sin tener á quien encomendarla, que de su confianza fuese.

Llegó á oídos del celoso Arzobispo el abandono de aquella infiel, y por aviso especial el cura de san Cristoval, varon de grandes virtudes, anciano de estremada mansedumbre y dulzura, se encargó de catequizarla.

Pobre paloma sin hiel, pura como los ángeles, llena de amargura por la muerte de su segundo padre, sola como la flor de los valles, recibió con sabrosa admiración las palabras de consuelo que el párroco derramó en su oído y su corazón se hizo cristiano, antes que comprendiese su entendimiento las eternas verdades de la religion divina.

Despertóse su alma herida por el dolor y fortificada por la creencia: cayó la venda de sus ojos; y otro mundo riente, bañado con el sol de la verdad y de la poesía se desplegó ante sus ojos y engrandeció su pensamiento.

Otras pasiones también se despertaron en el fondo de su pecho que la llevaban á mares sin fin, sin luz ni color; mas las santas advertencias del cura calmaban el fuego de su alma africana, y saboreando las agradables prácticas de su nueva religion, sentía dulce calma y bienestar suave.—Parecia sin embargo, que estaba destinada por Dios á sufrir, el dolor habia punzado con sus ardientes espinas las delicadas alas de su corazón: el amor arrojó una tea en el pecho de Amina y todos los sufrimientos, las tormentas, la fatiga, y las tumultuosas alegrías, entraron de tropel por las puertas de su alma.

Una noche de agosto oyó á los piés de su ajimez una cancion melancólica y de amores que entonaba con voz limpia, argentina y cadenciosa el sacristan de san Cristoval, y tal atractivo, tan misteriosa simpatía ejercieron en su corazón aquellas dulcísimas notas, que abandonando el mullido cojín de terciopelo se atrevió confusa, recelosa á echar una furtiva ojeada, al través de la celosía sobre el canor nocturno. Frente de la ventana estaba Juan tañendo una guitarra con destreza y un rayo de la luna bañaba su frente despejada y altiva, se reflejaba en su cabellera negra y undosa, y dibujaba su gallardo porte y altanera compostura. Sus ojos mas melancólicos aun, por la tibia luz de la hermana del sol, se elevaban al cielo como demandando consuelo á sus pesares, y su boca entreabierta dejaba escapar muellemente aquellos sonidos que tan de lleno penetraron en el corazón de Amina.

Apenas divisó al galán quiso retirarse la morisca; pero los encantos de la armonía y la dulcísima atracción que emanaba de aquellos hermosísimos ojos, de la apasionada espresion de aquel semblante, la sujetaban en el calado arquito del ajimez. Poco á poco la cancion fué mas tierna y amorosa, mas sentida, mas vivos y luminosos los rayos que de aquellas negras pupilas se desprendían y rendida la hermosa estaba como colgada de la música y de la mirada.

Distraidamente habia cortado un clavel rojo como el carmin. El cantor terminó su trova y ella entusiasmada y con lágrimas en los ojos arrojó la flor que vino á caer á los piés de Juan. Cuando la vió oscilar mecida por el viento, cuanto tocó el pavimento de la calle, ya estaba arrepentida la niña; mas con gozo y contento vió al sacristan inclinarse, recogerla con presteza, besarla con pasión y desaparecer como por encanto.

(Se continuará).

REVISTA DE LA SEMANA.

Al comenzar esta revista, se nos viene al magín que somos algo desmemoriados. Casose el buen rey Fernando VII cuatro veces, y no tres, como dijimos en el número cuarto; compuso Auber la *Mulla*, y no Mercadante, y sítharon en la Cruz (no sabemos que noche) una traducción del señor Peral; pero estos olvidos no paran perjuicio, y por tanto, no son muy grandes nuestros remordimientos. Tantos olvidamos en esta honrada Castilla las cosas que mas derechas van al alma, que casi es una gloria dar un tropezón á cada paso y echarse los deberes á la espalda, aunque no sea mas que para igualarse con ministros y gente de valer. Y al fin el tirano público de los lectores nos habrá alejado tantas veces de su memoria, á pesar de lo que trasnochamos por entretenerle, que justo será le paguenos en la misma moneda, siquiera hayan conspirado á ello, torpeza de unos y precipitación de todos.

Vamos pues á la Cruz, de mala gana y como quien lleva intención decidida de reñir ágramente hasta con sus propios amigos.

Es el *coronel y el tambor* una comedia cuyo argumento no puede referirse, porque tal maraña hay en su intriga y tantos episodios y follages se agrupan alrededor de los principales personajes, que intentarlo solo, seria empresa gloriosa para una medista acostumbrada á devanar enredadas madejas. El autor temiendo que no fuese de bastante interés el cuadro fresco y lozano que brotó desnudo del ardiente seno de su inspiración, lo ha recargado de fútiles adornos que le privan de la luz, que confunden los grupos, que destruyen el efecto todo. Revistiendo con el misterio los hechos, fatigando la viva atención de los espectadores, ha conseguido que vean pasar indiferentes las escenas vivas, pícaras, llenas de sentimiento y de nobleza. La modestia de Oloña, que de tan luenas cosas ha privado ya al público, marchita también los laureles que su génio le conquistó. ¿Por qué tener tanto al vulgo? ¿Por qué no mandarle sereno cuando se siente bullir la poesía en la frente, cuando hay grandeza en el corazón? La obra del poeta salió hermosa y pura de los muelles de su fantasía, sencilla como una virgen que raya en la primavera de su vida; mas vistiéndola con el terciopelo y los brillantes de la vejez ha conseguido que asome á los labios de todos era somisa que temia provocar: viñera ella con la sencillez de la juventud, con una flor, con una cinta y aunque apareciese mas modesta y tímida con entusiasmo se le hubiera saludado.

¿Cuánto no interesa aquel tamborcillo generoso como el *gamin de París* con fuerzas de niño y alientos de hombre! ¿qué bien cae el entusiasmo en sus labios no manchados con las frases hipócritas del hombre reflexivo! El papel de este personaje, escrito con entusiasmo, con amor, es el mejor de la comedia. El sargento contrasta con él y entre ambas noblezas no podemos elegir: vestida la una de rudeza conmueve profundamente; mezclada la otra con locas travesuras hace reír y llorar á un tiempo; ¡qué diálogos tan galanamente escritos! ¡qué ligereza en todo! mas no proseguiremos, que el público puede entrar en deseo de ver la comedia y nosotros no quisiéramos esto: el público vería tal vez grandes defectos al lado de estos rasgos brillantes, el público maldeciría la ejecución.

Nosotros estamos aquí para tender la mano al concienzudo artista que injustamente se ve calumniado, nosotros daremos nuestro débil apoyo, nuestra pobre aprobación al que se afane por conquistar un laurel; pero debemos indignarnos con la santa indignación del arte á la vista de tales sacrilegios.

Se abre el coliseo de la Cruz á la farsa francesa, se abre para la magia, se abre para la parodia y los escamoteos, se abre para una traducción semanal, se recibe un mal drama de París, se exorna con lujo, se ensaya con detenimiento y lo perdonamos todo en gracia del buen deseo. Llega un jóven que da los primeros pasos en la espinosa senda del arte dramática, que comienza á trepar al templo de Talía y se le ofrece á los espectadores su obra descarnada, sin colorido, sin aparato, pobremente, sin luz ni colores! —Esto merece justa, agria crítica, una dura lección del público. —Tenemos una escepcion que hacer, dos tal vez, la señorita Noriega que representó su papel con gracia y sultura, Sanchez que dijo bien el suyo. —Los demas... no deben hoy figurar en las columnas de *El Artista*: porque otras veces se han esforzado, porque han sabido conquistarse un puesto, son mas punibles ahora. —De *Lo que es el mundo* y de *la Pradera del Canal* hay mucho que decir.

J. GIMENEZ—SERRANO.

Imprenta de Corrales y Compañía, Salon del Prado, núm. 8.